

lecciones, su figurado lenguaje produce en sus corazones las mas dulces, vivas y saludables impresiones; ¡desgraciados aquellos que tienen ojos para no ver y oídos para no oír! su insensibilidad, que les hace semejantes á animales estúpidos ó á ídolos de piedra ó de madera, es el primer castigo de su incredulidad.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber establecido el culto externo á fin de conservar la Religion; hacednos la gracia de comprender bien el sentido de las ceremonias de la Iglesia.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, estudiaré con gran atencion esta parte IV del Catecismo.

LECCION II.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Segundo beneficio del culto externo: fija todas las verdades de la Religion. — Tercer beneficio: es el primer lazo social. — Cuarto beneficio: influye admirablemente en las artes. — Origen de las ceremonias. — Variedad de las ceremonias. — Respeto que les es debido. — Solicitud en su estudio.

Segundo beneficio del culto. El culto externo no solo repite sin cesar al espíritu, al corazón y á los sentidos los dogmas de la fe y los preceptos de la moral, sino que reporta además la *inestimable utilidad de fijarlos*.

Nuestras ceremonias, nuestras oraciones son otros tantos testigos incorruptibles de la creencia de los antiguos tiempos, semejantes á una prolongada galería de cuadros, que empezando en el origen del mundo continúa durante Moisés, y se extiende hasta el dintel de la eternidad; todos ellos, ya terribles, ya graciosos, pero siempre llenos de verdad, pintados en épocas tan apartadas unas de otras y por tan distintas manos, nos muestran á la Religion inalterable, y aunque no igualmente propagada, siempre proporcionada á las luces, á las necesidades y al estado social del género humano para el cual fué hecha.

Esta larga cadena de ceremonias, ese culto exterior tan magnífico en su conjunto, tan variado en sus detalles, presta á la Religion un testimonio auténtico, vivo y perpetuo, al mismo tiempo que la fija y la establece como los monumentos de bronce ó de mármol fijan y eternizan la memoria de los humanos acontecimientos, poniendo á nuestra Religion al abrigo del capricho de los innovadores y de las arbitrarias interpretaciones de la herejía; y sino véase como en todos tiempos ha servido el culto externo para demostrar á los herejes la verdadera doctrina de Jesucristo y de los Apóstoles, así como para aclarar en caso necesario el sentido de las palabras de la sagrada Escritura, sobre las que hubiese controversia.

Los Padres de los siglos IV y V opusieron á los Arrianos los cánticos de la primitiva Iglesia, atribuyendo á Jesucristo la divinidad; á los Pelagianos las oraciones por las que la Iglesia ha implorado incesantemente el socorro de la divina gracia, y en los tiempos modernos se ha empleado igual medio contra los Protestantes. Antiguas liturgias, conservadas por las sectas orientales separadas de la

unidad católica desde el siglo IV, han ministrado irrecusables pruebas de la presencia real, de la confesión auricular, de las preces por los difuntos, etc., de modo que no teniendo los innovadores argumentos sólidos que oponer, han suprimido todo el aparato del culto externo que les condenaba, lo cual indudablemente les costó menos trabajo¹.

El tercer beneficio ó utilidad del culto externo consiste en que es un lazo social; en efecto, la historia nos enseña que el lugar de las primeras asambleas de las naciones, los primeros monumentos de los pueblos, los primeros asilos de las virtudes sociales, fueron los sitios consagrados á la Divinidad, ya altares, ya sepulcros. El patriarca, viajero por el desierto, reúne al rededor del altar, formado de piedras y de césped, á sus hijos y á sus nietos para ofrecer el sacrificio al Señor, hablarles de sus milagros, y recordarles sus promesas; las grandes solemnidades de Pascua, de Pentecostes y de los Tabernáculos llaman á Jerusalem tres veces al año á todas las tribus de Israel, y reunidas allí rezan, adoran, cantan, lloran, comen y se regocijan juntas; hé aquí reanudados ó estrechados los lazos de la caridad.

Los Cristianos vagantes, dispersos por el furor de las persecuciones, acuden á las catacumbas para aprender á vivir como santos y á morir como héroes; bajo aquellas bóvedas cimentóse en su sangre generosa la sociedad moderna. Mas tarde, los monasterios, las iglesias matrices fueron en Europa los primeros lugares de reunión; á ellas se dirigian los habitantes de vastas comarcas para asistir al oficio divino: para alimentar á la muchedumbre de piadosos peregrinos que acudian á oír misa, estableciéronse hospicios y posadas cerca de la antigua iglesia, y en breve se abrieron junto á ellas tiendas donde se vendian los objetos de primera necesidad.

De aquí se origina el nombre de *misa*, que en lengua alemana significa todavía feria ó mercado, y así dicese la misa de Estrasburgo, la misa de Francfort para significar las ferias que se verifican en ambas ciudades. Repetidas veces la humilde celda del solitario ha dado origen á villas y á ciudades, y las inmensas poblaciones del Nuevo Mundo nacieron todas al rededor de la tosca cruz plantada por el misionero. En el día el verdadero punto de reunión es la iglesia parroquial; destruidla, y los campesinos, es decir, las tres cuartas partes de los hombres, vivirán eternamente aislados, como las salvajes tribus de la América.

Acaso me diréis que la casa municipal les reunirá; mas, aun siendo así, no les civilizará, pues para civilizar á los hombres no basta reunirlos, es preciso hacerles mejores, y el culto católico es el único que

¹ Véase la *Perpetuidad de la fe*, Arnaud, Renaudot, Le Brun.

da este resultado; nuestras iglesias son verdaderas escuelas de moral; en ellas, reunidos los habitantes todos de una comarca en la casa de su Padre comun, oyen la palabra eternamente social porque es toda caridad; en ellas escuchan la voz de su pastor, de su obispo, y comprenden que se hallan en relaciones fraternales con los habitantes de una vasta provincia; en ellas oyen nombrar con respeto al Sumo Pontífice, por el cual ruegan y conocen ser hijos de la gran sociedad diseminada por todos los puntos del globo. Para ellos no hay ya mares ni montañas, ni griegos ni bárbaros; en todos los Católicos ven otros tantos amigos y hermanos; saben que al orar oran con ellos, que en el mismo momento en que están reunidos al pié de los altares mil voces se elevan del Oriente y del Occidente, que uniéndose á las suyas ascienden juntas hasta deponer al pié del trono de Dios las preces, los homenajes, los corazones de la inmensa familia humana.

Por otra parte, ¡cuántos y cuántos recuerdos propios para hacer á los hombres mejores! Aquella iglesia que presencié nuestro Bautismo, nuestro Matrimonio, y en la que entrará por última vez nuestro cadáver; el anciano sacerdote de blancos cabellos que instruyó nuestra infancia, y que nos administró la primera comunión, y finalmente el cementerio, donde descansan nuestros abuelos, el cementerio que es preciso atravesar para penetrar en el templo, recuerdos son estos y otros muchos que contribuyen mas de lo que se cree á desprender á los hombres de la tierra, á hacerles menos egoistas, mas morales, mas sociales en una palabra; si lo dudais, ved lo que son así los ciudadanos como los campesinos que no frecuentan la iglesia.

Además, en estas reuniones se recuerda á los hombres la igualdad tan necesaria para el bien de la sociedad, en cuanto humilla el orgullo de unos y alienta el valor de otros; en la iglesia no se conocen títulos ni dignidades; el sacerdote no ve mas que hijos y hermanos, y al proclamar los futuros matrimonios, al llamar á los esposos ó á los padrinos, al pronunciar su plática semanal, no dice: *Señores y señoras*, sino hermanos míos, hermanas mías. Finalmente, en la sagrada mesa, en la mesa de Dios, Padre comun de los reyes y de los súbditos, todos se colocan indistintamente, siendo la única mesa en el mundo en que no existe asiento de preferencia.

Así pues, el verdadero tipo de la civilización es la parroquia, y no el municipio; la iglesia, y no la casa del comun: en la parroquia se habla de Dios, de la mutua caridad, del cielo y de las virtudes que á él conducen; en el municipio se habla de intereses, de ventas, de compras, de contratos, de catastro, de campos, de viñas y de animales; en la parroquia veo á un sacerdote que predica el nombre de Dios, que consuela, que alienta, que recuerda el deber, que devuelve la paz al alma, que reconcilia á los enemigos; en la casa del comun veo al alcalde que lee las comunicaciones del gobernador, al guarda

rural que da sus partes, al perceptor que exige contribuciones, al juez de paz que impone multas, y á los *gendarmes* que conducen á alguno á la cárcel. ¿Qué os parece? ¿Cuál, entre la parroquia ó la casa del comun, diréis mas propia para hacer mejores á los hombres? Si la parroquia, dad gracias al culto católico, sin el cual no existiría.

Al explicar los Sacramentos hemos manifestado la alta idea que dan al hombre de su dignidad, hemos visto que consagran todas las épocas solemnes de su vida, y que le facilitan todos los medios de vivir santamente, es decir, de ser en la tierra un ciudadano útil á la sociedad temporal, y despues de la muerte un glorioso habitante de la Jerusalem celeste; en breve verémos el grande y consolador espectáculo que para el hombre y la sociedad ofrecen las fiestas católicas; pero antes digamos algo de la *influencia del culto católico en las artes*, lo que será, si así lo quereis, un cuarto beneficio ó utilidad del mismo.

Las artes son hijas de la Religion: el artista que no cree en otra vida, que no ve sobre su cabeza un mundo mas perfecto que el nuestro, en que su imaginacion y su alma vayan á buscar modelos y á recibir inspiraciones, ha muerto ya en esta vida; para él no hay poesía, ni porvenir, ni gloria; la antorcha del genio solo se enciende en el altar de la fe, y aun durante el Gentilismo todas las obras maestras de poesía, de escultura, de arquitectura y de música son debidas á la inspiracion religiosa. Lo mismo sucede en las naciones modernas, con la diferencia de que las obras del arte son tanto mas perfectas en cuanto es mas divina la Religion que las inspira. Artes y artistas todos, ¡hincad vuestras rodillas ante el culto católico, al cual debeis vuestra gloria! Las vírgenes de Rafael, la cúpula de San Pedro en Roma, las catedrales góticas, la música de Mozart, de Pergoleso, de Haydn, el canto del Prefacio, el *Te Deum*, el *Stabat*, el *Lauda Sion*, el *Dies iræ*, todos estos portentos y otros mil son hijos del culto católico. El culto que inspiró á tantos genios, que creó tantas maravillas, debe necesariamente ser bello, majestuoso, divino; y adviértase que él y solo él tiene tal gloria, pues ¿dónde están las obras maestras de poesía, de arquitectura, de pintura y de música, inspiradas por el Protestantismo, por el Mahometismo y por todas las sociedades separadas de la verdadera Iglesia?

Al culto católico debemos los mas hermosos instrumentos de música, el órgano y la campana; el organo, la reunion de todos los instrumentos; el organo, que, por la variedad de sus sonidos, conmueve todas las fibras del alma, habla todos los idiomas, hace oír todas las voces; voces de dolor, voces de espanto, voces de esperanza y de alegría, voces de muerte, voces del cielo; la campana, que llena nuestras ciudades y aldeas de indecible armonía, que en un instante

lleva á lo lejos y á mil corazones igual sentimiento. Considerada como armonía, la campana reúne indudablemente una belleza de primer orden, la que los artistas llaman lo *grande*. El estampido del trueno es sublime por su grandeza, lo mismo que el rugir de los vientos, de los mares, de los volcanes, de las cataratas, de la voz de todo un pueblo. Pitágoras, que prestaba oído al martillo del herrero, ¡con qué placer hubiera escuchado nuestras campanas la vispera de una solemnidad de la Iglesia! Los acentos de la lira pueden enternecer el alma, pero jamás hacerla sentir el entusiasmo que experimenta cuando la conmueve el estruendo del combate ó cuando un ruidoso campaneó proclama en la region de las nubes los triunfos del Dios de las batallas¹.

Perpetuar las verdades de la Religion, fijarlas y ponerlas á cubierto de los ataques de la impiedad y de la herejía, ser un lazo social, elevar y consolar al hombre, inspirar á las artes y hacerlas producir inimitables portentos, tales son algunos de los beneficios que reporta el culto católico; ¿es necesario mas para merecerle nuestro amor y veneracion? ¡Ah! ¡cuánto debe ser el contento de todos nosotros por profesar un culto, origen fecundo de tantas bellezas, principio de tantas virtudes!

Ceremonias. — Hablemos ahora del origen de las ceremonias que lo componen, del respeto que á ellas es debido, de los frutos que producen y de la necesidad de conocerlas. Dios dió al hombre la necesidad de manifestar con signos exteriores los sentimientos que agitan su alma; luego Dios es el primer autor de las ceremonias. El mismo Dios hizo sentir su necesidad, el mismo Dios inspiró los primeros actos religiosos, y el mismo Dios determinó su manifestacion entre los Judíos; tiempo despues, su Hijo, descendido entre los hombres, reveló ciertas ceremonias esenciales, é invistió á su Iglesia del poder de fijar el culto que los hombres deben á Dios.

Tal es, como hemos dicho, el noble origen de las ceremonias eclesiásticas, ceremonias que dimanen de Dios, ya sea que las instituyese él mismo por medio de su Hijo Jesucristo, ya sea que fuesen establecidas por los Apóstoles ó por sus sucesores, á quienes llenó de su espíritu y revistió de su autoridad².

De aquí, pues, nacen ceremonias de institucion divina, de institucion apostólica y de institucion eclesiástica; las primeras son las que instituyó el mismo Jesucristo, como la bendicion y la consagracion del cáliz, la fórmula de los Sacramentos; las segundas las que establecieron los Apóstoles, tales como la costumbre de orar los hombres con la cabeza descubierta y vueltos hácia el Oriente, y el uso de

¹ *Genio del Cristianismo*, parte IV, c. 1.

² Véase Bergier, art. *Ceremonias*.

ciertas oraciones; y finalmente las últimas son las instituidas por la Iglesia en la sucesion de los siglos, como son muchas bendiciones, reverencias, oraciones, procesiones, etc.

Consideradas en su naturaleza, las ceremonias de la Iglesia se dividen en ceremonias esenciales y en ceremonias accesorias; las primeras pertenecen á la esencia misma del sacrificio y de los Sacramentos, y esta es la causa porque no pueden ser alteradas; tales son las palabras de la consagracion de la Eucaristía y de la forma de los Sacramentos; las segundas, que tienen relacion con la decencia, la comodidad ó la majestad del servicio divino, pueden no ser iguales en diferentes diócesis, y pueden tambien modificarse segun los tiempos y las circunstancias, pues la Iglesia recibió de Jesucristo el poder de instituir las y de modificarlas para la gloria de Dios y la salvacion de los hombres.

La Iglesia ha hecho siempre uso de semejante poder, pues el transcurso de los siglos, las costumbres de los varios países, los hábitos de los pueblos exigen, en las formas accidentales, modificaciones que tiene constantemente el derecho de llevar á cabo una autoridad prudente y afectuosa¹; esta es la causa, por ejemplo, de la diferencia que se observa entre el rito griego y el rito latino, y sin embargo el Griego y el Romano católicos profesan la misma religion, tienen igual fe, y observan los mismos preceptos.

Semejante diversidad de ritos en nada altera la unidad de la Iglesia; por el contrario hace brillar mas y mas su deslumbrante belleza. « La unidad de la fe, dice san Agustin, igual en toda la Iglesia, es la que forma la hermosura corporal de la Esposa de Jesucristo, segun aquellas palabras del Profeta: *Toda la hermosura de la hija del Rey es interior*; y si en el culto que esta unidad de fe produce se ven prácticas distintas, semejante diversidad de ceremonias no es otra cosa que la variedad del vestido de la celeste Esposa, segun añade el mismo Profeta: *La esposa va cubierta de un vestido bordado de oro y sembrado de diferentes colores* ². »

Los Filósofos y los Protestantes han dicho que nuestras ceremonias eran imitadas de los Gentiles; mas parece imposible imaginar cargo

¹ Lo mismo que decimos de las ceremonias debe aplicarse á la disciplina. La disciplina de la Iglesia es el reglamento exterior en cuanto al gobierno, y está fundada en las decisiones y en los cánones de los concilios, en los decretos de los Papas, en las leyes eclesiásticas y en los usos y costumbres de los países. De esto se sigue que los reglamentos convenientes y necesarios en un tiempo no fueron de la misma utilidad en otro; que ciertos abusos, ciertas circunstancias, casos imprevistos, etc., han exigido varias veces la formacion de nuevas leyes, ó la derogacion de las antiguas; puede suceder tambien que estas sean abolidas por el no uso, todo lo cual ha de haber introducido necesariamente variaciones en la disciplina de la Iglesia. (Bergier, art. *Disciplina*.)

² Epist. XXXVI.

mas impropio. Es cierto que todos los pueblos han tenido ceremonias religiosas, y tambien lo es que en aquel fárrago de prácticas supersticiosas habia, lo mismo que en sus creencias y en su moral, algunos restos de una revelacion primitiva. ¿Cuál ha sido la conducta de la Iglesia? Heredera universal de todas las verdades, ha separado lo bueno de lo malo, lo verdadero de lo falso, y al adoptar lo que halló bueno y verdadero, lanzó á los usurpadores diciendo: « Yo soy anterior á vosotros, soy la primera, mi origen se remonta hasta los primeros dias del mundo; he recibido la verdad como á depósito y como á herencia, y recobro lo que es mio, pues mio es cuanto bueno, verdadero y digno de alabanza conservásteis; » y en seguida purificó y santificó aquellas costumbres, así como santificó los templos de los ídolos haciéndolos servir para la gloria de verdadero Dios. Este es el sentido de la contestacion de san Agustin á Fausto el Maniqueo⁴. « El empleo de las ceremonias en el culto del verdadero Dios, dice Bergier, no es un préstamo, sino la restitucion de un robo hecho por los gentiles; la verdadera Religion es mas antigua que las falsas, y por lo tanto tiene derecho á reivindicar unos ritos que sus rivales han profanado. ¿Acaso debemos privarnos de invocar á Dios, porque los gentiles invocaron á Júpiter? ¿Acaso debemos cesar de arrodillarnos, porque los gentiles se prosternaron delante de los ídolos? »

Á fin de no repetir lo que hemos dicho acerca de la necesidad del culto externo, dirémos muy pocas palabras acerca de la utilidad de las ceremonias. Unas son una profesion de nuestra fe; así, por ejemplo, cuando acompañamos al santísimo Sacramento, ó cuando honramos las imágenes y reliquias de los Santos, manifestamos altamente ser cristianos y católicos; otras nos hacen sensibles los efectos invisibles de la gracia, por ejemplo, la efusion del agua en la cabeza del niño en el Bautismo; estas nos recuerdan nuestros deberes, como son la tonsura, que recuerda á los eclesiásticos su renuncia á las vanidades mundanas; su vestido negro, y el de los religiosos ó de las religiosas, es un predicador continuo del espíritu de sacrificio; aquellas nos inspiran un profundo respeto hácia las cosas sagradas, tales son los cánticos de la Iglesia, el sonido de las campanas, la pompa de los trajes sacerdotales, el orden de los ministros que sirven al altar; finalmente, practicadas todas del modo debido, producen gracias espirituales: los Sacramentos, los sacramentales, los exorcismos y otras muchas.

¿Cómo, pues, podrémos dejar de abrigar en nuestros pechos un profundo respeto hácia nuestras ceremonias, despues de haber visto su noble origen, su antigüedad, su belleza y su utilidad? Descen-

⁴ Contr. Faust. lib. XX, c. 4, 21.

didadas del cielo, han llegado hasta nosotros al través de las edades; colocan á la Religion al abrigo de las innovaciones; nos ayudan á elevarnos á la mayor espiritualidad; cautivan nuestros sentidos; alegran nuestro corazon; rodean el culto de tanta grandeza y dignidad, que hasta el impío no puede menos de venerar, so pena de hacerse culpable á los ojos de la ciencia y de la razon, unos ritos tan impregnados de sabiduría, y que tan felices resultados producen así para el hombre como para la sociedad. Santa Teresa, aquella alma amante é inspirada, decia: « Daria mi cabeza por la mas pequeña » ceremonia de la Iglesia. »

Si quereis otros títulos de veneracion hácia nuestras santas ceremonias, hallaréislos en la grande importancia que la Iglesia cifra en ellas, y en las deplorables consecuencias que lleva consigo el desprecio de las mismas. La Iglesia impone á sus ministros la obligacion de conocerlas, de estudiar su espíritu, y de conformarse estrictamente á ellas, de modo que, sin crímen y sin perjudicar la integridad del sacrificio y la validez de los Sacramentos, no podria un sacerdote omitir ninguna de las ceremonias esenciales; y, si por negligencia, por ligereza ó ignorancia pasaba por alto alguna de las ceremonias no esenciales, pecaria mas ó menos gravemente, segun que su omision voluntaria fuese mas ó menos importante. Solo en casos de extrema necesidad pueden omitirse las ceremonias que no son esenciales á la integridad del sacrificio y á la validez de los Sacramentos; por ejemplo, cuando el sacerdote que celebra la misa se halla amenazado de muerte por la ruina del edificio ó por la proximidad de los enemigos de la Religion, que tratan de darle muerte. En un inminente peligro de muerte suprimense igualmente las ceremonias del Bautismo, con la obligacion empero de suplirlas si el infante sobrevive.

No se detiene aquí la Iglesia, sino que manda á sus ministros explicar las ceremonias á los fieles⁴: lo que constituye á estos en la obligacion de estudiarlas, como es muy fácil comprender: en efecto, las ceremonias han sido establecidas para edificarnos, instruirnos y despertar nuestra atencion; á ellas van unidas muchas y particulares gracias; son un libro, una galería de cuadros que nos representan la Religion bajo imágenes sensibles; sin embargo aquel libro, á pesar de sus bellezas, estaria cerrado para nosotros, nada diria á nuestra fe, si ignorásemos el idioma en que está escrito; aquellos cuadros, por expresivos que los supongais, serian para nosotros otras tantas vanas imágenes, si no supiésemos su asunto, ni su sentido, ni su razon.

En caso semejante el culto externo nos seria casi inútil; y el espectáculo de nuestras santas ceremonias en vez de excitar nuestra fe, de

⁴ Conc. Trid. sess. XXII, c. 8.

avivar nuestro amor, de satisfacer una santa curiosidad, solo nos inspiraria disgusto y fastidio, desprecio quizás, pues propio es de los ignorantes hacer objeto de sus burlas aquello que no comprenden. En el dia, que hallamos á cada paso á alguno de esos ignorantes, ¿no seria vergonzoso para los Cristianos no poder defender su culto, así como ser partícipes en unas ceremonias que no supiesen explicar? Y sin embargo; cuán grande es el número de fieles que asisten á misa desde mucho tiempo, que se han presentado en la Iglesia como padrinos ó madrinas, que han visto administrar la Confirmacion, la Extremauncion, todos los Sacramentos en fin, sin comprender ni una palabra de lo que sus ojos veian! Pues; cómo! en el dia en que con tan extraordinaria solicitud se indaga el oculto sentido de las antiguas escrituras, de las inscripciones grabadas en las columnas y en los sepulcros profanos, ¿cómo no avergonzarnos, nosotros Cristianos, de ser menos celosos para comprender la significacion de nuestras ceremonias, mil veces mas instructivas que los monumentos todos de la antigüedad gentilica?

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber hecho sensibles á mis ojos las verdades de la Religion, y pidoos perdon por no haber sentido bastante respeto por las ceremonias de la Iglesia.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *estudiaré con celo las ceremonias de la Iglesia.*